

DESCARTES, NIETZSCHE, KUNDERA. O DE CÓMO LUCAS LE SALVÓ LA VIDA A UN CABALLO

EVA ASTRID ALSMANN LÓPEZ
México

Sinopsis

En este texto la autora relata cómo su perro le salvó la vida al caballo de un vecino, poniendo en diálogo lo sucedido con cuestiones sobre la consciencia y las diferentes personalidades de los animales, visto desde lo empírico y desde lo apuntado por la ciencia. Usando un poco de ironía, y en la compañía de algunos *links* de videos cortos, se nos presenta un camino entre animales, plantas y nuestras posturas convenientes frente a los demás seres con los que compartimos el planeta, recordando que no estamos solos, aunque pretendamos lo contrario para suavizar nuestro pasaje violento por este mundo.





Vengo a platicarles sobre la vez que mi perro Lucas le salvó la vida a un caballo, no sin antes advertirles que me iré por las ramas, entre el instinto, la domesticación, lo colonizado y emociones varias.

En la zona donde vivo, aún se usan bestias de carga. Todavía hay campesinos de la tercera edad que suben al monte a atender su *milpa*, ese sistema de entramados botánicos complejísimo, derivado de la observación de los pueblos indígenas, quienes en su sabiduría entendieron que **las raíces** de los quelites, el frijol, la calabaza y el maíz se conectan entre sí para intercambiar nutrientes, que los tallos brindan apoyo a las enredaderas, que entre seres se prestan sol o sombra; y que sus frutos combinados nutren de manera suficiente a nuestros cuerpos. Conocimientos que la ciencia ahora reclama como suyos, hablando de aminoácidos, proteínas, biopatrimonio.

Conocimientos sustituidos por agrotóxicos en nombre del *progreso*, que envenenan nuestro suelo y agua, y matan no solamente a las hierbas *malas*, sino también a cuanto arácnido e insecto se cruce por ahí: escarabajos, arañas, hormigas, abejas.

Para llegar a sus *milpas* algunos de mis vecinos suben montados en sus caballos flacos, quienes les ayudan a cargar de regreso la leña para cocinar y calentar el agua para el café y para bañarse. Don Moi dejó al suyo amarrado con varios metros de cuerda, en un terreno bastante empinado, colindante al mío. Esperaba que se llenara la panza de zacate, en lo que iba al centro a sus mandados.

El caballo se paseó por el monte, pastando entre los vestigios del bosque mesófilo de niebla convertido parcialmente en potrero, caminando de manera tal, que se fue enredando con la cuerda, haciendo un ocho entre patas y mecate, hasta que resbaló o tropezó, y quedó colgando panza arriba, cual piñata, con la cuerda amarrándole las patas y jalándole la cabeza.



Solamente un área de su costado tocaba el piso. Cada vez que se esforzaba por respirar, movía el cuello hacia un lado y la cuerda se paseaba en ese ocho por la piel de sus tobillos, cercenándole las carnes. Al intentar aliviar el dolor de los cortes, se ahogaba.

Yo estaba restaurando un libro, enfrascada en lo mío. **Lucas se dio cuenta de lo que pasaba y fue a avisarme**, ladrando insistentemente para llamar mi atención. Pero una no sabe de esos lenguajes perrunos, de esos cambios casi imperceptibles que usan para diferenciar el aviso de un extraño en la entrada, o de un ser en aprietos. Y por ello, se vio obligado a aventarse varias veces contra la puerta de vidrio, para que yo supiera que era apremiante salir y seguirle.

Me horroricé con la imagen. El equino empapado en sudor mientras **luchaba por mantenerse con vida**, jadeando de manera horripilante. En lo que fue una eternidad, corrí por las llaves de la reja, bajé rodeando la entrada al terreno vecino, y subí como pude entre el monte, hacia el pobrecito. No pude desatarlo. Su peso tensaba tanto la cuerda, que no había espacio para desanudar nada. Tuve que regresar a casa por un cuchillo de cocina y una vez más recorrer lo andado y desandado. Sentía que no llegaríamos a tiempo. Por fin, a fuerza de echar a perder la hoja de mi herramienta, corté la sogá. El caballo quedó tirado de espaldas, ligeramente inclinado hacia el árbol que le impedía su movilidad, agotadísimo.

Corrí una vez más a casa, a marcarle a una amiga veterinaria –quien había hecho una rotación en el hospital de caballos de la UNAM– para describirle lo sucedido y pedirle consejo. Los cortes de la cuerda se habían abierto camino hasta los músculos en unas patas, y hasta el hueso en otra. Y él, en una posición rara e inestable. Mi amiga me insistió en dos cosas: no podía permitir que continuara acostado, ante el riesgo inminente de llagarse con su propio peso. Y no podía intentar nada sin ayuda.

El manejo sin experiencia de un caballo es muy peligroso.

Afortunadamente, al correr a la calle, me encontré al vecino de enfrente, a quien le rogué me ayudara, y los tres subimos el monte. Intentamos jalar al caballo de la sogá, gritarle, empujarlo. Nada funcionó.

Lucas entendió qué era lo que pretendíamos, y comenzó a ladrarle al caballo subiendo y bajando en círculos, simulando intentar morderle los cascos, pero sin hacerle daño. El caballo **se levantó de un salto, a pesar de estar exhausto y herido**. Esas imágenes intermedias, entre su cuerpo tirado y sus tres patas sosteniéndolo segundos después, no las he podido recuperar en mi memoria. La otra pata, con la sogá marcada hasta el hueso, estaba recoge-



da. Lucas nos ayudó a convencerlo de que nos siguiera y lo llevamos al terreno mucho más plano del vecino que nos auxilió.

“Todos los dueños están convencidos de que su perro es el mejor del mundo y todos tienen la razón” leí hace poco en Facebook.

En la primera pasada, románticamente concuerdo, aunque “dueño” me da rasquiña. Demasiado jerárquico, posesivo, capitalista. Luego me acuerdo de Eva, mi tocaya, degollada parcialmente porque sus dueños en Teocelo –*la tierra del ocelote*, del que solamente se conserva el nombre– le amarraron un alambre al cuello y dejaron que ella creciera alrededor de éste, hinchándose de la cara hasta no poder comer (no se preocupen, fue rescatada). Definitivamente ella es la mejor perrita del mundo. Pero el humano que le tocó nació sin inteligencia emocional para darse cuenta. O probablemente se creyó el mito de que somos superiores, creados a imagen y semejanza del patrón que decide quién vive y quién sufre. Y se adueñó de su cuerpo y vida, torturándola. Total, Eva es un animal, y, por lo tanto, una cosa. Lucas, por su parte, fue el mejor perro del planeta (*Figura 1*), pero no se parece en nada a Koli, Kira, Luna, Tango, Sophie, Pecas, Chac, Duque o cualquier otro perro con el que haya tenido la fortuna de vivir, y que también fueron los mejores, cada quien con su propia personalidad e inteligencia y completamente diferentes entre sí. Y Viejito, el caballo, definitivamente tuvo la suerte de que le tocara Lucas en su momento de urgencia.



Figura 1. Lucas y Eva. Fotografía: Ivonne Paz (2009).



Científicos hablan de una tercera fase de evolución ¿o domesticación? de los perros, en actual desarrollo (Herrera, 2024), en la que, después de la transición de lobos a perros, y de decantarse en las variadas razas que conocemos, los caninos domesticados cada vez más se mimetizan con sus humanos en cuanto a comportamientos –aprenden a sonreír, a montar un berrinche, a cojear si nos ven con muletas–mostrando personalidades diversas. Si uno pone tantita atención, sabría, sin ayuda de los científicos, que los cerdos, vacas, gatos, pollos, peces, pulpos y demás bichos también tienen personalidades diferentes.

El ciberespacio está lleno de videos con cuervos jugando a resbalar-se sobre la nieve usando piezas de plástico (Niko Niko, 2014); el gallo que espera pacientemente a que su humana regrese del colegio para correr a recibirla efusivamente a la parada del bus (The Dodo, 2018); la marmota que roba vegetales de un huerto para comérselos justo haciendo contacto visual con la cámara de seguridad colocada para atraparla (The Dodo, 2020); el cerdito completando un rompecabezas mientras en la otra mitad de la pantalla un señor intenta inútilmente forzar su maleta enorme en el compartimento superior del avión (Animal Save Movement, s/f). Cientos y cientos de videos subidos mucho antes de que la IA nos hiciera volvernos todavía más paranoicos y cínicos; videos de relaciones entrañables entre animales, o entre humanos y animales.

Sin olvidar a Lucas salvando a Viejito.

¿Por qué entonces predomina la creencia de que todo lo que nos rodea son meros recursos, vaciados de vida, emociones, inteligencia, individualismos? *Machina animata*, opina Descartes, según Milan Kundera en *La insoportable levedad del ser* (1984).

¿Por qué hasta la fecha, para abusar de un ser humano, lo comparamos con ratas, cucarachas, cerdos, animales en general? ¿Por qué, una vez animalizados, nos permitimos en automático cosificarlos, justificar su tortura, desaparición, asesinato? Para justificar la apropiación, el abuso y la violencia. Sobre otros cuerpos y sobre los territorios.

A veces la comparación es directa. La base de la propaganda nazi, supuestamente superada, se recicla en la propaganda sionista actual. ¿Con quiénes más compararían los sionistas a los palestinos, para justificar su



masacre, para borrarlos de la tierra? Con aquellos cuyo derecho propio a existir ha sido despojado y cuya masacre siempre ha sido justificada. Otras veces, como nos narra Kundera sobre la invasión rusa en Checoslovaquia, se empieza creando una psicosis contra las palomas y los perros, dirigiendo después esa misma violencia hacia las personas.

Una vez convertido en animal, y, por lo tanto, en cosa, el siguiente paso es convertirlo en número. Y, después de la Segunda Guerra Mundial, los dígitos tatuados en un brazo marchando hacia su muerte se convirtieron, convenientemente, en la industrialización de los animales convertidos en cosas convertidas en números. Tatuados en las pieles de los cerdos, perforados en las orejas de las ovejas y vacas, quienes se enfilan también hacia su sacrificio, perfectamente sistematizado para no solamente ahorrar en tiempo y espacio, sino para mantenerlo escondido de nuestra supuesta ética y moral, porque no conviene sacudir al sistema, a la industria de billones de dólares, a los lobbies ganaderos ligados a *Big Pharma*. No conviene enterarnos de que todos ellos son individuos, con consciencia propia y personalidades diferentes, porque todo el sistema se basa en lo contrario.

La repulsión que se busca en comparar a un humano con un animal-cosa también fue construida por el hombre porque más allá del asco que aprendimos a tener a una cucaracha o una rata, al asociarlas con la mugre que nosotros mismos generamos, en la naturaleza, cada ser, incluso ellos, tienen una tarea específica y partícipe de un equilibrio ecológico, en el que la pieza sobrante somos nosotros. Pero, como tenemos siglos adoctrinándonos en creer que los únicos sintientes somos los humanos, para convencernos de respetar la vida de otros seres, debemos primero construir un caso sobre su utilidad para con nosotros los patrones.

“Salvemos los manglares, son las barreras naturales contra los huracanes”; “protejamos a los murciélagos o nos quedaremos sin mezcal”. “Salvemos a las abejas o nos quedaremos sin frutas ni verduras”.

Otra gran utilidad de las abejas: su miel es un gran antibiótico natural. Y resulta que es la mejor opción para cicatrizar heridas como las de Viejito, cuyas patas son esenciales para seguir viviendo. Según la veterinaria, las heridas de los equinos al regenerarse siguen creciendo y creciendo sin control, formando muchas veces cicatrices del tamaño de balones de fútbol. La miel de abeja los cicatriza y detiene el proceso al llegar a la epidermis. Así que, para el caballo rescatado, utilizamos miel de manera exitosa. Claro que de aplicarla se encargó don Moi, porque insistía en que Viejito no estaba del todo domesticado. Lucas y yo solamente lo alentábamos a dejarse curar, con palabras, miradas y caricias suaves.



 **Muy necesarias las abejas, tendríamos que proteger sus vidas. Pero ¿de qué utilidad es un cerdo si no es para comérselo? Es un hecho. Existen para alimentarnos. No hay más. Por ello, al irnos por unas chelas después de un coloquio, mis compañeros de dos generaciones del posgrado en Crítica poscolonial, se burlaron cuando alguien comentó sobre el caso de una persona que estaba deshecha porque quien se comprometió a darle un hogar amoroso a su cerdito mascota terminó desangrándolo para comérselo. Que ridículo caso, opinan ellos. Apegarse emocionalmente a la comida. Que irónico caso, opino yo. Bien decoloniales y deconstruides todes.**

Y ahí seguimos. De vez en cuando vuelve a salir la pregunta –que a lo mucho debiera ser retórica, pero en realidad es idiota– de si los animales sienten. En lo personal, me suena igual de patética que la pregunta de los españoles del siglo XVI, sobre si los indios del “Nuevo Mundo” eran humanos. Y por ahí algún Papa les pidió que se fijaran si podían sonreír, para acabar con la duda. Al parecer, la ciencia todavía sigue debatiendo si los animales sienten, junto con otras controversias como el tema de la consciencia, o el de la inteligencia, la cual obviamente se mide en comparación a nosotros los amos –y aquí recuerdo otra vez el video del cerdito, el rompecabezas y el señor del avión que probablemente reprobó el kinder–.

¿De qué sirvió entonces la Declaración de Cambridge sobre la Consciencia de los animales no humanos, del 2012, avalada por neurocientíficos a nivel internacional? (Low, 2012)

Ni con Stephen Hawking como invitado de honor (Raw Science Film Festival, 2013) –epítome de lo que entendemos por científico– la Declaración de Consciencia hizo consciencia en nosotros, ya ni decir mella en el sistema, paradigma, creencia, régimen, o como le queramos llamar, puesto que es muy difícil agrietarlo, lo que implicaría agrietar





nuestras propias mentes. Vaya, el video ni siquiera ha llegado a las 16000 visualizaciones, ya ni porque dura menos de ocho minutos. Cualquier video de gatos comiendo elotes (choclos) tiene muchas más visitas (@blogmajd-la781, s/f). En mi propio círculo de familia y amigos no están enterados de ese acto, extraordinariamente importante y, a la vez, meramente simbólico. Los científicos involucrados lo sabían: lo que diga la ciencia no importa, si no avala o está avalada por los poderosos. Por eso quizás invitaron a Hawking, no para fortalecer el cientificismo –riguroso por sí mismo– de los estudios que decantan en la Declaración, sino para contar con cierto ímpetu que se sabe absolutamente necesario para comenzar a desmontar la idea convertida en creencia, de que solamente los humanos tenemos el privilegio de haber desarrollado una consciencia y, por lo tanto, somos los dueños absolutos del destino planetario. Muy consciente ese destino, por cierto. Tan consciente que, para llamar la atención mundial sobre la catástrofe que está a la vuelta de la esquina, los científicos que estudian el cambio climático se encadenaron a sí mismos en la entrada de un banco (Pivovarchuk, 2024), y aun así no trascendió la noticia; no nos enteramos, no pasa nada.

Porque para que esas noticias trasciendan tendríamos que comenzar a tirar aquellos ladrillos en los muros que nos dividen de los demás seres y entre nosotros. Y más bien estamos ocupados colocando ladrillos que nos separan, incluso entre humanos. Los mismos ladrillos contruidos en un sistema parásito-huésped, colonizador, donde alguien –animales, plantas, humanos, el planeta– siempre resulta pisoteado para el beneficio de pocos.

Hay mucho de esto hasta en actos que parecieran insospechados. En la sustitución de las plantas nativas por césped, como lo hiciera el imperio



británico por todo el globo, acostumbrándonos hasta la fecha que invertir miles de litros de agua y cientos de horas hombre en podarlo para su mantenimiento es parte inamovible de contar con un jardín decente. Ni hablar de la plantación masiva de bosques de coníferas para borrar del mapa las aldeas palestinas destruidas por los colonos israelíes, alegando un motivo “ecológico”, arrancando además con *bulldozers* los olivos milenarios para negar que alguna vez existieron. Modificar el paisaje, cambiar la historia, alterar la memoria, cual virus jugando con material genético. Una de las tantas caras del colonialismo contemporáneo en el occidente asiático (y no el *medio oriente*, porque ese término surge también de la mentalidad colonialista y eurocéntrica).

De esos modos, se logran dos formas de naturalización relacionada con la política colonialista. Por un lado, se asimilan personas, signos y prácticas extranjeras en un nuevo orden establecido; por otro lado, se despliega a la naturaleza **“como excusa, como fértil alegoría para tornar extraños personas y objetos, y fraguar así nuevas distinciones políticas y sociales”** (Comaroff y Comaroff, 2002). En otras palabras, nos alejamos tanto de la naturaleza, que ahora “naturalizar” algo es instrumentarlo para nuestro beneficio.

Ojalá algún día signifique un retorno al respeto de nuestro origen y pertenencia.

En este mundo de recursos y utilidades varias, Viejito fue vendido a un tercero. Era demasiado obstinado para ser caballo –viéndolo desde la mentalidad humana– lo cual no es muy útil. Meses después, lo volví a ver. Amarrado en un camellón amplio, en *Los Carriles*, una colonia de Coatepec llamada así porque hace mucho tiempo esas eran las afueras de la ciudad y solamente existían unos carriles de tierra donde organizaban carreras de caballos. Recalco la ironía. Eso que para el hombre es diversión y negocio, para el equino es estrés y la alta posibilidad de romperse una pata con la consiguiente pérdida de la vida. Domesticados para servir, vivir para servir. Morir para servir.

No voy a pretender ser una buena fisionomista cuando se refiere a los caballos (ni siquiera a los humanos). Si se trata de reconocer caras y asociarlas con sus nombres, cualquier gallina promedio me gana (Terra-nimal, 2024). Pero lo reconocí por su cicatriz en la pata trasera. Lo saludé y me reconoció. Lo supe en su mirada y su lenguaje corporal. Yo acababa de comprar mis verduras en el mercado, así que le ofrecí una zanahoria y me despedí. En mi egocentrismo, quisiera quedarme con la idea de que ese reconocimiento está ligado a un momento de su vida en que necesitó ser



visto y tratado como Viejito, el ser que casi pierde la vida en un accidente, y no como una bestia más de carga. Y, al igual que nos lo narra Kundera (1984), pienso en la debacle de la humanidad:

En ese momento recuerdo otra imagen: Nietzsche sale de su hotel en Turín. Ve frente a él un caballo y al cochero que lo castiga con el látigo. Nietzsche va hacia el caballo y, ante los ojos del cochero, se abraza a su cuello y llora. Esto sucedió en 1889, cuando Nietzsche se había alejado ya de la gente. Dicho de otro modo: fue precisamente entonces cuando apareció su enfermedad mental. Pero precisamente por eso me parece que su gesto tiene un sentido más amplio. Nietzsche fue a pedirle disculpas al caballo por Descartes. Su locura (es decir, su ruptura con la humanidad) empieza en el momento en que llora por el caballo. Y ése es el Nietzsche al que yo quiero (Kundera, 1984, p. 292).

Y Lucas, mi perro adorado, ese lobo domesticado y modificado por el hombre hace decenas de miles de años, quizás solamente estaba siendo un perro, con ese instinto de supervivencia espejado en el caballo, o quizás tenía más inteligencia emocional que muchas personas humanas que conozco. Los neurocientíficos que se juntaron en Cambridge en el 2012 reconocen la presencia de la empatía en los animales. Y estoy segura que eso fue lo que vi, aunque cualquier intento por describirlo o nombrarlo no puede escapar de mi matriz antropocéntrica, del camino desviado de su origen natural, de cuando todo estaba vinculado al todo. Y quizás intentar describirlo o nombrarlo es justamente querer domesticar algo de lo que fui testigo y que no puedo asir, porque mi calidad humana no me alcanza.

Por ahora, me conformo con recordar ese momento, compartirlo con ustedes, y pertenecer a ese pequeño y privilegiado grupo de personas que, al leer a Kundera sobre Descartes, Nietzsche y el caballo maltratado, lloramos, sin necesitar que la ciencia o la filosofía occidental avalara nuestro sentir-pensar. Sin miedo a la burla de aquellos que creen en la Razón. Porque, después de observar a las hormigas trabajar, al viento en los árboles, la floración de las plantas con las que convivo y las abejas que las visitan; después de todo lo que Lucas y Viejito me enseñaron, **no me cabe la menor duda que somos-estamos juntos**. Y que, si bien la lucha para escapar de aquello que nos sigue pisoteando es extremadamente extenuante, y probablemente improbable, **vale la pena cada segundo**.



Referencias bibliográficas

- Comaroff, John y Comaroff, Jean (2002). Naturalizando la nación: aliens, apocalipsis y el estado poscolonial. *Revista de Antropología Social*, 11, 89-133. <https://revistas.ucm.es/index.php/RASO/article/view/RASO0202110089A>
- Kundera, Milan (1984). *La insoportable levedad del ser*. Tusquets Editores.

Sitios Web y videos consultados

- @blogmajdala781 (s/f). Un gato comiendo mazorca [Reel]. *Youtube*. <https://www.youtube.com/shorts/bxc1-P36Gp0>
- Animal Save Movement (s/f). Who will win this epic shape sorter battle? [Reel]. *Facebook*. <https://www.facebook.com/reel/277795620516022>
- Herrera, Pepe (25 de noviembre de 2024). ¿Estamos entrando en una nueva era de domesticación del perro? *UNAM Global*. https://unamglobal.unam.mx/global_revista/estamos-entrando-en-una-nueva-era-de-domesticacion-del-perro/
- Low, Philip (3 de septiembre de 2012). Animal Consciousness Officially Recognized by Leading Panel of Neuroscientists [Video]. *Youtube*. <https://www.youtube.com/watch?v=RSbom5MsfNM>
- Niko Niko (3 de octubre de 2014). Cuervo Esquiando Surfeando en un tejado [Video]. *Youtube*. <https://www.youtube.com/watch?v=zLuhmygxncY>
- Pivovarchuk, Anna (16 de junio de 2024). 'Scared as hell': Climate scientists risk jobs, jail to save dying planet. *Aljazeera*. [https://www.aljazeera.com/features/2024/6/16/what-grief-for-a-dying-planet-looks-like-climate-scientists-on-the-edge-2#:~:text=Al%20regresar%20a%20Estados%20Unidos,de%20la%20cara"%2C%20escribehttps://www.youtube.com/watch?v=AhaLEK87hxY](https://www.aljazeera.com/features/2024/6/16/what-grief-for-a-dying-planet-looks-like-climate-scientists-on-the-edge-2#:~:text=Al%20regresar%20a%20Estados%20Unidos,de%20la%20cara)
- Raw Science Film Festival (21 de diciembre de 2013). Stephen Hawking and Non-Human Consciousness [Video]. *Youtube*. <https://www.youtube.com/watch?v=W9QIOj3IYuk>
- Terranimal (2 de octubre de 2024). Capacidades cognitivas de las gallinas. *Gallinas Felices*. <https://gallinasfelices.terranimal.ec/gallina/capacidades-cognitivas-de-las-gallinas/>
- The Dodo (14 de febrero de 2018). Un gallo se encuentra con su chica favorita en su parada de autobús todos los días [Video]. *Youtube*. https://www.youtube.com/watch?v=9_lkVzd6rE
- The Dodo (2 de febrero de 2020). Un hombre atrapa a una adorable marmota comiéndose su huerto [Video]. *Youtube*. <https://www.youtube.com/watch?v=EkOmaLXiVs>

ACERCA DE LA AUTORA

Eva Astrid Alsmann López

ealsmann@gmail.com



Es licenciada en Restauración de Bienes Muebles por la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía del INAH, México. Trabajó como restauradora de obra en proyectos tanto estatales como privados. A partir de 2010 es restauradora de base para el Centro INAH Veracruz. En 2014 obtuvo el grado de Maestra en Estudios de la Cultura y la Comunicación, por la Universidad Veracruzana, y en 2024 el grado de Doctora en Humanidades por la UAM-X, en la línea de Estudios Culturales y Crítica Poscolonial. Sus reflexiones abordan los mecanismos de patrimonialización y la participación social en museos comunitarios; la relación Estado-comunidad en la coyuntura de intervención de conservación-restauración; la patrimonialización de las imágenes de culto desde la crítica poscolonial. Su primera palabra fue el nombre de su perro (Prinz, pronunciado sin la "R"), y desde temprana edad se ha rodeado de gatos, perros y algunas tortugas rescatadas en hogar temporal. Ha organizado y apoyado diversas campañas de esterilización de perros y gatos, en la ciudad de México y en Veracruz, rescatando y dando en adopción a aproximadamente 90 animales a lo largo de su vida. Asimismo, ha participado en proyectos de reforestación. Actualmente vive con su compañero humano, siete gatos y cuatro perros.